

**PUNTO DE FUGA: A PROPÓSITO DE LOS ARCHIVOS DE WALTER
BENJAMIN**

Por Gérard Wormser

Traducción: Carlos Benguigui

Los manuscritos y documentos provenientes de los archivos Walter Benjamin expuestos actualmente en París, constituyen un memorial para cada uno de nosotros¹. Walter Benjamin fue parisino por excelencia. Bajo su mirada, el París moderno del prefecto Haussmann se configura como un diorama donde el decorado anticuado de veredas y tiendas nos habla tanto de lo efímero de lo humano como del artificio de las modas, permitiéndonos así de acceder a esa mezcla de futilidad y de sentimiento velado de pérdida característico de las sociedades posindustriales. “Cuanto más efímera es una época, más depende ésta de la moda”². Pero el drama no está lejos, tanto es así que esta superficialidad nos sitúa frente a nuestra impotencia histórica.

La ciudad, como toda existencia, es un número. Recorrerla supone dar cuerpo al enigma. Vivir en París es caminar sobre los pasos de millones de humanos que frecuentaron el lugar de sus conmociones. No hay una gran historia como rasero, sino más bien ínfimos fragmentos, ínfimos recubrimientos que tejen las generaciones, los hábitos, las desilusiones

¹ La exposición de dichos documentos en el Museo de arte e historia del judaísmo puede visitarse hasta el 5 de febrero de 2012 http://www.mahj.org/fr/3_expositions/expo-Walter-Benjamin-Archives.php?niv=2&ssniv=2

² Walter Benjamin, *Paris capitale du 19^{ème} siècle*, Paris, Le Cerf, 1989, p. 105

y las esperanzas, una simultaneidad de felicidades y desgracias. Las veredas parisinas son para Walter Benjamin la metonimia de la ciudad. Ideadas en un tiempo en que las vidrieras parecían nuevas, éstas permanecen mientras que los paseantes abandonaron las inmediaciones. La ciudad las conservó aun cuando se trasfigurara. Bulevares, metro y tendido eléctrico les redujeron al estado de vestigios embrionarios de una vida moderna de la cual no eran más que una débil anticipación. Ahí se refugiaron comercios y galerías que ofrecen al viandante los vestigios de tiempos pasados, de ropas y accesorios marcados por épocas anteriores que expresan el ocaso del antiguo lustro. Se pasó del lujo a la pátina. La poesía de fiestas galanes se convirtió en mueca, la escama y la pluma representan el devenir-máscara de tantos rostros paralizados. Antiguas fotografías nos remiten a un tiempo confuso, marchito; el contrapunto de vestigios obsoletos, ruinas sin vida, así como de vida carecen las voces registradas de las grabaciones gramofónicas. Estas reliquias y estas joyas de bisutería poseen todas las características del *memento mori*.

Pero Walter Benjamin recorría estos caminos con la idea de redactar su gran obra que transformara el implacable devenir en un símbolo de abundancia permanente cuya fermentación sólo podría crear el presente expulsando a la oscuridad el tan justo pasado. Los cuadernos de crítica, sus cartas, los caracteres de sus interlocutores y amigos parisinos (Gisèle Freund, Adrienne Monnier...) refieren a un punto sensible: la urgencia de vivir y de comprender su tiempo, el esfuerzo por igualar su época. Una tarea infinita a la cual los archivos se prestan. Recolectar los ensueños de un siglo deshecho supone acercarse a aquellas capacidades genésicas de donde emergerá un presente desbordante. La escritura micrológica acumula apuntes y reflexiones en párrafos intensos y densos temas que requieren de un amplio desarrollo. Los editores de la obra paralela a esta exposición remarcan que un único cuaderno conservado por Gershom Scholem “*contiene en sesenta y tres páginas los esbozos o la redacción completa de más de veinte trabajos tales como el antiguo ensayo sobre Höderlin, aquel sobre el surrealismo o la crítica del estreno de La*

Madre, la obra de teatro de Brecht”³. Benjamin dejó una parte de su biblioteca en casa de su amigo Brecht y enviaría sus cuadernos a Scholem entre otros, de manera que se encuentren en lugar seguro mientras que él viajara tanto como pudiera por Europa. Su escritura nómada se condensa en decenas de líneas finamente trazadas en los límites de la legibilidad. Estos papeles hechos para guardarse en los bolsillos, crónicas de una mente despierta apresurada por retener el tiempo, se convierten de manera directa en objetos de colección que atraen a otros lectores competentes.

*“Los coleccionistas, escribe Benjamin, quizás sean caprichosos – pero en el sentido del francés lunatique – que responden a los humores de la luna. Quizás sean un juguete, el juguete de una diosa – a saber: la Fortuna. Pero sobretodo se tendría que definir a la comunidad de verdaderos coleccionistas como creyentes en el azar, adoradores del azar”*⁴.

La analogía del escritor y el trapero atraviesa de este modo la obra de Benjamin.

¿UN TIEMPO PASADO?

¿Cómo aliar el estudio del siglo diecinueve y las deambulaciones de la época que le sucedió? Ésta última - Benjamin no la conoció demasiado - es crepuscular. Alemán de París mientras que las Ligas nacionalistas actuaban de acuerdo a los intereses de una Europa hitleriana condenando al destierro a los intelectuales, conocedor de la historia de la contrarrevolución que la República de Weimar experimentara un siglo después que París,

3 Walter Benjamin, *Archives*, Paris, MAHJ, Klincksieck, 2011, p. 150. [Traducción Walter Benjamin, *Archivos de Walter Benjamin. Fotografías, textos, dibujos*, Madrid, Círculo de Bellas Artes, 2010.]

4 *Ibid.* p. 34.

viviendo la vida precaria propia a los amigos de las ideas en un siglo de hierro, el destino parisino de Walter Benjamin simboliza el fracaso europeo por controlar la modernidad. En ello puede encontrarse incluso una experiencia fundamental que *“reina objetivamente en el plano de la historia mundial de estos tiempos. Todo lo que no es entera grandeza, es inauténtico”*⁵. Benjamin deduce que cada cual, proporcionalmente a su calidad moral, callará más frente a profanaciones y perjuras *“el convencido se vuelve mudo y sólo rinde justicia a su convicción callándose en lo más hondo, por lo que aprueba lo inmoral y condena así de un modo más profundo en su manera de aprobar que con palabras de rechazo”*⁶.

La aparente negación práctica de su propia convicción es así el equivalente de la afirmación sin compromiso de una esperanza en lo humano, de una espera de reconciliación contra toda apariencia. Benjamin es lector de Spengler, en cuya obra el ocaso de Occidente es el tema principal. Con toda evidencia, esta línea de pensamiento se encuentra presente en el periodo de “entre-guerras” y la temática de la regeneración no le es extraña, ni mucho menos, al fascismo y al hitlerismo: suprema inmoralidad de la cual el aparente consentimiento de los individuos más sensibles revela el carácter de violación extrema del respeto por lo humano.

Los bulevares haussmanianos debían permitir a los artilleros de tomar posición frente a las barricadas. Por su parte, el deslumbrante esplendor de la Torre Eiffel iluminada por Citroën ¿acaso no expresaba, desde el interior de la ciudad, que la mecánica tendrá la razón gracias a su estética? El exilio y la apátrida se perfilan a la sombra del *Palais-Royal* y de la

5 *Ibid.* P. 216.

6 *Ibid.* P. 217.

Biblioteca nacional donde Gisele Freund le fotografiara. Después de Arendt o Adorno, le tocará a Levinas o Celan asir estos fantasmas. El París de antes de junio del cuarenta se deleitaba en la indolencia de sus veranos, el presentimiento de un futuro trágico había sido cuidadosamente exorcizado. Para algunos comunistas con Nizan o Gabriel Péri⁷, los dos provenientes de la corriente republicana ¿cuántos estudiantes de la *École Normale Supérieure*, según el propio Aron, fueron insensibles a los preámbulos de un drama por venir? Francamente, contemplando estos artículos empezamos a soñar con una Europa que habría meditado sobre las lecciones sacadas de las trincheras. Donde Aristide Briand y sus socios alemanes habrían inventado otras respuestas a la crisis de 1929. Pero ello no entraba en los esquemas de una época preparada para todos los compromisos. Benjamin descubre esta tendencia a la luz del lenguaje de la época empleado para ironizar, sin ni siquiera señalar las manipulaciones lingüísticas llevadas a cabo por los nazis. La inutilidad de batirse contra cada uno de los horrores que caracterizan la época se traduce en la prevalencia del humor sobre las indagaciones.

“El lenguaje posee palabras que adquieren su naturaleza verbal en su ejecución, como aquellas acentuadas por los textos. En esta medida, la palabra empleada para insultar como acto de ejecución de forma verbal es privilegiada en deterioro del humor”⁸. El humor no está dirigido a nadie y debe desencadenar la risa para un mayor número: “en el humor se rinde justicia al objeto en cuanto tal”⁹. ¿No habría que considerar como humorística la frase: “el crecimiento de las grandes ciudades se acompaña del crecimiento de los medios que permiten arrasarlás”¹⁰?

7 Courban, Alexandre, *Gabriel Péri*, Paris, la Dispute, 2011. Así como Nizan, Péri, periodista y diputado comunista, debía oponerse a Múnich. El pacto germano-soviético da lugar a la inculpación de los diputados comunistas. Escondido en la clandestinidad, Gabriel Péri será arrestado en mayo de 1941. Fue vergonzosamente entregado a los alemanes por la policía de Vichy siendo ejecutado el 15 de diciembre de 1941.

8 *Archives*, op. cit. p. 167.

9 *Ibid.*

10 *Paris*, op. cit. p. 122.

Estos pensamientos datan de finales de los años 20, lo que viene a decir que su pensamiento se alimentaba tanto de sus lecturas como de sus observaciones. Muchos años después de su suicidio en la frontera de España en septiembre de 1940 han titulado un libro como *La era del testimonio*¹¹ para caracterizar la impotencia de los numerosos europeos que asistieron a esta ola de violencias políticas. Walter Benjamin fue muy consciente del carácter irreversible del tiempo, él fue uno de los primeros en relacionar la lógica de competitividad industrial y la indigencia existencial de muchos de sus contemporáneos. Es en ello que su estética contiene una potencia crítica de lo contemporáneo. Casi conviene, según él, restablecer el aburrimiento, sentimiento infantil en el gris de la lluvia¹², para atestiguar de la dulzura de momentos que expresan el curso del tiempo donde no hay nada en juego. Benjamin ha escrito sobre Proust así como sobre Baudelaire y sobre Kafka, de quién disfruta recordando el *Informe para una Academia* escrito por un simio y la relación con una dimensión de la comedia que encontramos también en Pirandello.

*“K. parece tener un presentimiento repentino (...) y les pregunta: ¿Cuál es el teatro en el que actuáis? ¿Un teatro? Responde uno de los señores para consultar al otro con un temblor en la comisura de los labios. El segundo gesticula como un mudo que lucha contra un organismo recalcitrante. Ellos no responden a la pregunta, pero más de un signo indica que ésta les ha afectado”*¹³.

Un pasaje como este ilustra la manera en la que el humorista busca, incluso en el seno de una existencia trágica, lo que rompe con la evidencia de lo cotidiano y crea el cortocircuito

11 Wiewiorka, Annette, *L'ère du témoin*, Paris, Stock, 1998

12 *Paris*, op. cit. pp. 126 y ss.

13 *Archives*, op. cit. p. 226.

que suspende el juicio. Recrear la duda en el seno de un mundo dogmático es aquello de lo cual la crítica es capaz en una época cuyas transformaciones no responden en absoluto a una lógica que incremente nuestra capacidad de actuar. Más bien, escribía Benjamin: *“puede formularse así el problema del arte moderno: ¿cuándo y cómo los universos de formas que han surgido independientemente de nosotros en la mecánica, en la construcción de máquinas, sin que lo presentamos, y que se han convertido en nuestros amos, van a convertir en prehistórica la parte de naturaleza que se encuentra en ellos? ¿Cuándo alcanzará la sociedad el estado en el cual estas formas o las que nacerán de ellas aparecerán como formas de la naturaleza?”*¹⁴.

Tales cuestiones implican, más allá de convicciones ideológicas, una orientación histórica de la cual el destino de Walter Benjamin es un claro ejemplo de sus efectos en la cultura. Para nosotros estos papeles dan cuenta también de una integridad moral que ya no intenta crear sistemas, sino más bien describir la errancia de los testigos. Podría esperarse que algunos de estos documentos permanezcan visibles en uno de los lugares parisinos que nuestro autor frecuentó, símbolos de vergüenza en épocas de gloriosa bajeza como la nuestra. En 1940, mientras que vivía en la angustia de caer en manos de los alemanes, Benjamin escribió estas palabras:

*“Marx dice que las revoluciones son la locomotora de la historia. Pero quizás no sea así. Quizás las revoluciones sean el gesto de la especie humana que viaja en ese tren para captar la señal de alarma”*¹⁵.

14 *Paris*, op. cit. p. 856

15 *Archives*, op. cit. p. 40.

Queda dicho.

CORRESPONDENCIAS

Acompañemos ahora a Benjamin al corazón de su pensamiento. Más de diez años separan los dos textos que acabamos de citar. Éstos se vinculan en su atención a lo mecánico como un tipo de articulación de la cultura y la historia. En el primero, Benjamin piensa el devenir-naturaleza del arte y la sumisión de los hombres a los objetos creados por su industria. Esta forma de inversión del mito de Prometeo puede aparentarse al tipo de reflexión que anima la famosa obra de Huxley *Un mundo feliz*, exceptuando la diferencia de que Benjamin no cultiva la idea de una forma aristocrática de cultura entendida como lo más íntegro: él intentó mostrar, como ya lo hiciera Victor Hugo – “*Esto matará a aquello*” -, que la técnica es directamente normativa y que constituye un mundo. A él nos dirigimos lo queramos o no. Benjamin estuvo impresionado por la nueva potencia de difusión mediática que extiende su imperio durante los *Años Locos*. La crisis financiera, y la posterior crisis económica de los años treinta servirá aquí como acelerador: ¡las transformaciones ni siquiera necesitan de guerras para producirse! El mundo de la frivolidad artística y la especulación sepultó las premoniciones de un Paul Klee – que Benjamin conoció en 1918 – bajo el glacis de modas y espectáculos. La asociación de los medios de comunicación y las finanzas rematará la obra de las trincheras desarrollando nuevas costumbres, en clara disonancia con aquello que les precedió. Sin duda alguna, el drama alemán de los años treinta habrá sido el fruto de la incapacidad de las élites liberales para traer a esta modernidad a los burgueses de provincia que temían las reivindicaciones obreras: no olvidemos que el éxito del nazismo es también una revancha “cultural” de aquellos grupos sociales que se sentían al margen de las culturas urbanas en auge en las capitales. El NSDAP logra el trasplante improbable de los métodos de la propaganda moderna en una opinión pública ofuscada por el éxito de la modernidad.

Benjamin no es de aquellos que idolatran las producciones antiguas atribuyéndoles virtudes perennes: esto lo dejará en manos de la escuela histórica. No obstante, se muestra especialmente atento a los signos de época, leyendo con pasión a Proust por su capacidad de exponer la verdad de un tiempo vivido: ésta será la verdad del “recuerdo involuntario” característico de *A la búsqueda del tiempo perdido*, donde Benjamin encuentra una concepción que comparte en el más mínimo detalle. Él se interesa más a este aspecto que al psicologismo al cual la recepción de sus obras a menudo se limita. Proust, de una manera distinta que Baudelaire o Kafka, designa un modelo que se está deshaciendo. No se trata meramente del reino de la mercancía en cuanto tal, sino lo que dicho reino produce en el imaginario: los objetos reproductibles están privados de aura, ya no entran en resonancia con nuestra experiencia y en cuanto tales se prestan a un estereotipo sin fuerza de evocación. Ellos condenan nuestras mentes a una pobreza de imágenes que sólo pueden comprenderse multiplicando las acciones superficiales y repetitivas. Nos convertimos en mercancía a medida que se reduce nuestra experiencia de lo que Benjamin llamará el “aura”. Esta naturalización se relaciona con un “naturalismo” que se esforzaría en reducir la experiencia a caracteres discretos, aun cuando una experiencia en primera persona se dé como singular, nunca idéntica, a través de una simbolización se asocian a los mismos fenómenos diversos caracteres e imágenes. Benjamin advierte pues, de un modo distinto a Pascal o Heidegger, que el mundo de la distracción ha sustituido la búsqueda de una verdad transmisible que marque un momento importante manteniéndose a la altura de una época.

Y es lo que caracteriza la segunda cita que evoca a Marx: si, como éste último escribió, la historia tiene lugar primero como tragedia para reinterpretarse como farsa – a propósito del 18 de Brumario de Louis-Napoleón Bonaparte que le convertiría en Napoleón III –, casi un siglo después *El Manifiesto comunista* ¿no es irónicamente de acuerdo con este adagio la locomotora revolucionaria la que anima principalmente al testigo a desear salir del tren? ¿No se está en la víspera de retomar la guerra europea? ¿Y qué nueva revolución dará a luz dicha guerra? Aunque simplemente conociera sus preámbulos, Benjamin sabía que esta guerra sería sin piedad: los dispositivos técnicos poseen la capacidad de arrasar con toda

valentía. Esta vez los ejércitos querrán evitar las trincheras. No obstante, después de las campañas y las rápidas conquistas, la guerra de los partisanos tras las líneas enemigas, factor de inseguridad para el ocupante, dará lugar a terribles represalias que llevarán a la opinión pública a desear la reconquista del territorio nacional a través de los tanques y aviones “amigos”. En esta Europa convertida en un campo de batalla a cielo abierto, la población espera acontecimientos inéditos. Pero esta misma espera es insoportable, pues expresa lo humano subyugado por la fuerza: la revolución ya no tendrá continuación, sólo la tendrá el exterminio. El hermano de Benjamin, así como el de Scholem, morirá en un campo de concentración, el despiadado destino que fue la norma cada vez más terrible en Europa¹⁶. Así, la guerra moderna habrá consumado la misma reducción de *aura* que el resto de experiencias humanas, ella deshumaniza y cosifica, interrumpiendo a su paso la plausibilidad de una lectura “heroica” de sus nobles hazañas. Los héroes a su pesar de esta guerra fueron víctimas torturadas, y ni hablar siquiera de los “ases de la aviación” sobrevolando las trincheras...

Nacida en el apogeo del imperialismo europeo, la generación de Walter Benjamin (nacido en 1892) conoció la sucesión de desastres que puso fin a la preponderancia europea. Había nacido antes de que los EE.UU. metieran la mano en Cuba o de que Japón venciera a Rusia. En aquel tiempo, aunque Herl ya había forjado la idea de sionismo, no se planteaba la cuestión de un Estado Judío. Por otra parte, las concepciones románticas justificaban la unidad italiana y alemana gracias a una lengua sobradamente compartida –será de nuevo la situación que dará lugar a la creación de Checoslovaquia o Yugoslavia – lo que estaba lejos de ser la situación de los judíos, que se expresaban en cada una de las lenguas europeas (así

16 El libro *Bloodlands* de Timothy Snyder (Londres y Nueva York, Basic Books, 2010) describe cómo la parte oriental de Europa soportó lo esencial de las exacciones de los años 20 hasta 1945. A las hambrunas en cuyo origen se sitúan los conflictos políticos se añadieron persecuciones de todo tipo que marcaron los confines poloneses en el martirio. Las naciones del oeste europeo no han vivido estas atrocidades ni han accedido a su plena significación histórica.

como en yiddish y en otras lenguas). El hebreo, en fase de reconstitución como lengua de uso, permanecía archi-minoritario: Benjamin se comprometería a aprenderlo, pero ello permaneció como un horizonte. ¿Cómo fundar una unidad judía en la diversidad de las tradiciones iniciales tanto de lengua como de religiosidad? La utopía sionista parecía más bien sumarse a las divisiones entre judíos, entre los cuales muchos estaban tentados por la obtención de la nacionalidad de países respetuosos con las minorías como Francia. Benjamin tenía veintiséis años en 1918. Exento del servicio militar, había vivido y estudiado en Berna durante estos años donde entabló una amistad esencial con Gershom Scholem. Este último, desde 1916, había comprendido que la guerra suponía la destrucción de Europa. Sus intercambios con Walter Benjamin, con quien pasó más de un año y medio en Berna, le confirmaron su intención de abandonar las matemáticas por los estudios judíos. Benjamin le abría el mundo de la hermenéutica filosófica al mismo tiempo que él revelaba a su amigo la potencia de las tradiciones judías. Desde entonces, a estos jóvenes intelectuales les parecía que la síntesis judeo-alemana se había vuelto imposible¹⁷. Gracias a lo cual se comprende mejor porqué las alusiones a los acontecimientos del momento son tan escasas en la correspondencia de Benjamin, marcada por la preeminencia de cuestiones intelectuales. Salvo una excepción: tras el asesinato de Walter Rathenau, desarrolla sus reflexiones sobre judíos y alemanes en 1923:

“Todo lo que en nuestros días, en el orden de las relaciones germano-judías, adopta las formas de acciones visibles es funesto; una saludable complicidad obliga hoy a las naturalezas nobles de los dos pueblos a no decir nada de los lazos que les unieron. La cuestión de la emigración, si es necesario volver a ello, sólo se relaciona con la cuestión judía en el sentido en el que ella

17 Cf. por ej. Moses, Stéphanie, *L'ange de l'histoire*, le Seuil, 1992, p. 249 : “En la Alemania de principios del siglo veinte, es la brisura con la asimilación, la revuelta contra un medio social en una situación incómoda entre un judaísmo ya más que medio olvidado y una germanidad que, por ardiente deseo que fuera, permanecía como una realidad inaccesible. El rechazo de las ilusiones de las que se alimentaba este sueño de una absorción armoniosa en la sociedad circundante que había llevado a Scholem a la búsqueda de las fuentes espirituales de su identidad.”

*responde con la negación a tu pretensión de ver en ello una obligación.”*¹⁸

Le siguen consideraciones con las que Benjamin señala la falta de comunicación del pueblo alemán con su pasado intelectual, empujando con ello a

“Quién en Alemania se consagra seriamente al trabajo intelectual se encuentra amenazado por la forma más severa de hambre (...) aunque mi deber fuera el de estar aquí, aquí ya no podría llevarlo a cabo. Ésta es la perspectiva dónde para mí se sitúa el problema de la emigración – Dios quiera que haya una solución.”

Muchas de sus reflexiones más importantes tienen lugar en su correspondencia, tanto es así que sus relaciones intelectuales fueron el foco de su existencia:

*“Las cartas fueron para él los cuadros que contaban bajo la forma de historia natural lo que sobrevivió a lo efímero. Por ello, incluso si las suyas no se parecían en nada a la expresión transitoria de la vida, adquirieron esa fuerza objetiva dónde se manifiesta la firma y la diferencia que hacen la dignidad del hombre. Y en el lamento de su pérdida en ciernes, una vez la mirada se fija de nuevo en las cosas con tanta paciencia, con tanta intensidad como si un día tuvieran que ser otra vez posibles.”*¹⁹

18 Benjamin, *Correspondance I*, Paris, Aubier, 1978, p.16 (trad. Guy Petitdemange) carta 122, a Rang, p. 284-285

19 Introducción de Th. Adorno en Benjamin, *Correspondance I*, Paris, Aubierm 1978, p. 16 (Trad. Guy Petitdemange)

Entre sus descubrimientos, desde luego, se piensa en sus reflexiones, ligadas de como es natural a sus intercambios con Horkheimer y Adorno, al respecto de la fase industrial de los desarrollos de la cultura en el siglo veinte: si la fotografía permite divisar sus preámbulos en el siglo diecinueve, dicha dimensión se perpetuó con el cine y la nueva industria de los medios de comunicación. Benjamin escribió páginas esclarecedoras sobre Karl Kraus, sobre Bercht, conoció a Gide, Hannah Arendt, Franz Hessel, Adorno y su mujer Gretel que le apoyó como buenamente pudo. A pesar de todo, en su conjunto su vida fue la de un hombre de bibliotecas, solo desde que su hijo Stefan, al final de los años veinte, se alejara de él a causa de la separación con su mujer.

En cierto sentido Benjamin y sus amigos estaban preparados para romper con Alemania, pero cada uno tenía su propio punto de vista. Benjamin no decidió irse de Alemania hasta la toma de poder de Hitler, y no podía pensar seriamente en irse de Europa. ¿Cómo imaginar el nazismo triunfante en París tras unas pocas semanas de combate? Él permanecerá estrechamente ligado a Gershom, quien instalado en Palestina desde 1923 se convertirá en uno de los fundadores de la universidad hebraica de Jerusalén, a través de una intensa correspondencia. Pero Scholem no le convenció para que le acompañara. Benjamin pasó una parte del año 1938 en Dinamarca con Bertolt Brecht, cuando su familia se preparaba para irse a Londres: por falta de las autorizaciones requeridas él no pudo acompañarles. Desde París, sus intercambios con Horkheimer y Adorno sólo trataron su posible emigración a los EE.UU. con la declaración de la guerra. Fue enviado a un campo de concentración y liberado gracias a la intervención de sus amigos, posteriormente se escondió en “zona libre”. Detenido por policías españoles en la frontera catalana, Benjamin puso fin a sus días, marcando así a nuestros ojos la irreversibilidad de un fracaso histórico. En sus trabajos sobre la cuestión del tiempo histórico, Benjamin se sitúa en la línea de Schleiermacher, o Dilthey, así como Husserl, Scheler o Heidegger. Sin embargo su búsqueda de la materialidad del tiempo se aleja de las investigaciones de Heidegger, por las cuales no siente mucha simpatía. La primera lectura de sus trabajos le produce un auténtico escepticismo:

“es increíble que se pueda obtener la cátedra con semejante trabajo, cuya redacción no exige nada más que una gran dedicación y el dominio del latín escolástico y que a pesar de todo el maquillaje filosófico, sólo es en el fondo una labor honesta de traductor. La baja complacencia del autor frente a Rickert y Husserl no hace su lectura más agradable. Este libro no trata la filosofía del lenguaje de Duns Escoto desde un punto de vista filosófico; por lo que no es poco el trabajo que queda por hacer. Sobre el significado epistemológico de la filosofía del lenguaje, hubo recientemente en la Kant-Gesellschaft una conferencia pronunciada por uno de los 300 nuevos privatdozent [catedrático no titular] de Colonia llamado Plessner: claro que el nivel no era muy elevado, pero el contenido era a menudo muy justo.”²⁰

Esta anotación es interesante si se le presta atención a los futuros desarrollos de los trabajos de Plessner, centrados en una antropología de los afectos²¹. Las elecciones intelectuales decisivas de Walter Benjamin están claras: a sus veinticinco años emprende los caminos de la crítica de los posibles históricos, y se opondrá tanto a Kant como a los filósofos que substituyen el formalismo por una visión especulativa según la cual el significado de la historia podría venir dado con independencia de las modalidades concretas de los acontecimientos y de los saltos que distinguen las épocas respectivamente. Su encuentro en Berna con Ernst Bloch le orienta desde 1919 por dichos caminos, donde conocerá la cuestión del mesianismo así como la de la superación de las condiciones empíricas que

²⁰ *Ibid.* carta 92, p, 227

²¹ No muy conocido en Francia, Helmuth Plessner (1892-1985) publicó desde la primera mitad de los años veinte sus reflexiones críticas sobre el neokantismo y su oposición al radicalismo político: cualquier tentativa por sintetizar a la fuerza la unidad humana sólo puede engendrar lo peor. En 1935, publica la primera versión de *La nación retrasada* (1959), donde expone el vínculo entre el desmembramiento tradicional de Alemania y su incapacidad por controlar la violencia que acompaña su unificación. Excluido de la universidad alemana por ser judío, emigró a Turquía, más tarde a Holanda, donde pudo tanto enseñar como escapar a la muerte. Tras publicar su obra filosófica principal en 1928, sería uno de los primeros críticos del oportunismo de Martin Heidegger en 1931. Como Benjamin, Plessner tenía tres años menos que Heidegger o Hitler: sabían qué esperarse de sus contemporáneos.

someten nuestras existencias a duros conformismos. La revolución es así una metáfora para esta transformación concreta, lejos del tema heideggeriano de una apertura auténtica desconectada de las condiciones materiales de historicidad. Profundizando en esta orientación, Benjamin consagrará su energía a interpretar los signos y las representaciones que prevalecen en una época determinada, como el drama barroco (*Trauerspiel*) del siglo diecisiete en Alemania, que se da bajo formas distintas a la tragedia, por ejemplo en la novela de Grimmelshausen “*Simplicius Simplicissimus*”²² que es una metáfora de la historia, así como la fotografía en el siglo diecinueve llamada a ser la expansión de las formas estereotipadas de la representación de los lugares, del tiempo y de los sujetos. Benjamin encuentra con qué alimentar su reflexión sobre las artes y la historia, sus dos temas predilectos, en ese desajuste entre la prosa alemana clásica y las posturas de los escritores parisinos del siglo diecinueve.

Baudelaire aparece para él, antes que los trabajos de Sartre, como figura ejemplar para la comprensión del siglo diecinueve y sus contradicciones que explican las nuestras. Él pone en juego simultáneamente los temas de la repetición y los de la profanación: la novedad impía contrasta con las formas inspiradas en las tradiciones místicas. Y la inspiración se mezcla con la captación para atraer al “*Hipócrita lector – mi semejante – mi hermano*”:

*“¡Es el Diablo quien empuña los hilos que nos mueven!
a los objetos repugnantes atractivos los encontramos;
Cada día hacia el Infierno descendemos un paso,
Sin horror, a través de tinieblas que hieden.”*²³

22 Grimmelshausen, *Les adventures de Simplicius Simplicissimus* (1662), trad. J. Amsler, Paris, Fayard, 1990 [Traducción al español *Simplicius Simplicissimus*, Madrid, Cátedra, 2004]

23 Baudelaire, *Las flores del mal*, “Al lector”

La bohemia y la política hacen buenas migas y por sus experiencias de juventud Louis-Napoleón sería su perfecta expresión. Esta dimensión de la vivencia subjetiva permite una lectura histórica dónde no cabe lugar para el relato hagiográfico de los vencedores. Al contrario, restituye la bohemia de los paseantes que sienten el ralenti del curso del tiempo sustrayéndolo de su utilidad industrial, pronto tyloriana. O mejor, la ebriedad y el opio, alabados por Baudelaire²⁴, remiten también a los modos de la codiciada mercancía de los escaparates de los grandes comercios creados recientemente. La fascinación por el gasto, tratada por George Bataille, se encuentra al mismo tiempo presente en Benjamin: la modernidad reclama sus héroes, desde el obrero a la mujer emancipada o al conspirador, figuras de la gran ciudad, aquello que desde su “Salón” de 1845 comprendió Baudelaire:

*“El” héros” moderno no es un héroe, sino que representa héroes. La heroicidad moderna se acredita como un drama (Trauerspiel) en el que el papel de héroe está disponible.”*²⁵

Benjamin cita a Claudel, quien atribuirá a Baudelaire “una mezcla extraordinaria del estilo raciniano y del estilo periodístico de su tiempo”²⁶. La fuerza de Baudelaire es la coincidencia de los dos, esta “doble súplica” que evocara en varias ocasiones: “su técnica es la técnica del golpe de estado”²⁷, concluyó Benjamin lapidariamente en una alusión a

24 Benjamin, W, *Baudelaire, Un poète lyrique à l’apogée du capitalisme*, prefacio y traducción de J. Lacoste, Payot, 1982, p. 83-84. [*Baudelaire, en el esplendor del capitalismo*, traducción y prólogo de Jesús Aguirre, Taurus, 1972]

25 *Ibid.* 139 [trad. Al español p. 116]

26 *Ibid.* 143

27 *Ibid.*

Napoleón III y a Blanqui, sus contemporáneos. Esta historia del siglo diecinueve, comparada al siglo que le sucederá, magnifica la posibilidad aún dada de constituirse como figura heroica ante sus propios ojos – fue encarnando figuras reprobadas de la gran ciudad. La nueva sociedad urbana ha recusado por completo las formas aristocráticas y de dominio público, dejando vía libre a distinciones puramente imaginarias nacidas a la vez que las situaciones atravesadas por cada uno de manera singular. El dandi, el hombre de las masas, pero también la prostituta, son así heroicos para Baudelaire en su manera de afrontar lo que Heidegger llamará la derelicción. Y es esta la grandeza personal de la cual se habrá despojado el siglo siguiente.

En 1939 Benjamin sitúa a Baudelaire con respecto a Dilthey y Bergson, de los cuales es admirador, para abordar la cuestión de la experiencia. Y el vínculo se establece rápidamente entre la experiencia de la duración en Bergson y la del tiempo en Proust. No obstante, la oposición es neta entre los dos horizontes, apunta Benjamin. Bergson pretende aproximarnos a una vivencia interior que se volvería accesible si nos esmeramos en purificar nuestra contemplación purgándola de lo que la acción y las superposiciones racionalizadas añaden de adquirido. Por el contrario, Proust se centra en el recuerdo involuntario, del cual sin darnos cuenta estamos invadidos²⁸. Ocasionalmente, las dos memorias pueden converger, por ejemplo en los rituales y ceremonias donde intervienen a la par. Aquí vemos asomarse el interés de Benjamin por los calendarios, las conmemoraciones personales y sociales, todo lo que eleva el tiempo ordinario, según una concepción clásica de la sacralidad. Este aspecto tiende hacia las “correspondencias” de Baudelaire, son los estados donde lo voluntario y lo involuntario se mezclan con fuerza²⁹. La dimensión de lo “sagrado” se expresa en particular para Baudelaire a través de la

28 Op. Cit., pp. 152-153

29 *Ibid.*, p. 190

evocación de la pérdida. Es el Baudelaire del *esplín*, cuando dejan de ser eficaces los propios procedimientos necesarios para la correspondencia

*“¡La adorable primavera ha perdido su olor!
Y el tiempo me devora minuto tras minuto,
Como la nieve inmensa a un cuerpo afectado por la rigidez.”*³⁰

Los calendarios, las rimas de estación y sus asociaciones son procedimientos antropológicos y nemotécnicos para recrear la experiencia. Benjamin sitúa así antes que nada a Baudelaire como un poeta de la experiencia:

*“el *esplín*, al contrario, revela la experiencia vivida en toda su desnudez. La melancolía se asusta al ver la tierra volver al simple estado de naturaleza. Ya no le envuelve ningún aire prehistórico. Ningún aura.”*³¹

Es decir, la poética baudelairiana da acceso a diversas dimensiones vividas en primera persona de las que su creación permite a otras de constituírseles imaginariamente o de enriquecer su propia experiencia. La creación literaria nos remite a una forma densa del tiempo, en contraposición a un tiempo vacío y homogéneo. El aura es estrictamente definido por Benjamin como:

30 *Ibid.* p. 194

31 *Ibid.* p. 196

“el conjunto de imágenes que, surgidas de la memoria involuntaria, tienden a agruparse entorno a él, el aura corresponde, en esta clase de objetos, a la experiencia que acumula la experiencia en los objetos cotidianos. Las conductas fundadas en el aparato fotográfico y en invenciones del estilo, introducidas más tarde, amplían la memoria involuntaria. Estas permiten en cualquier ocasión conservar el acontecimiento como imagen visual y sonora. Es por ello que son hoy adquisiciones esenciales para una sociedad que deja cada vez menos lugar al ejercicio.”³²

La reproductibilidad es pues creadora de mundo y de memoria, aunque se corra el riesgo de una pérdida de aura en beneficio de una codificación menos alegórica reducida a la pura significación. La infinita sugestión suscitada por una obra de arte es sustituida en la reproducción fotográfica por simulaciones sin riqueza de horizonte: su multiplicación nos remite a una “crisis de la propia percepción”³³ marcada en el ejemplo de Proust que sueña con Venecia de la que el imaginario se detiene a causa de las fotografías, que se han vuelto impropias para suscitar imágenes involuntarias y un aura particular. Esta idea del aura, desplegada cuando Europa se sumerge en una imagería estereotipada de la guerra mecánica, es la última protesta de Benjamin por establecer que la crueldad de su tiempo está intrínsecamente ligada a una pérdida de la imagería simbólica. Sin adelantarse realmente a Castoriadis, vemos sin embargo a Benjamin establecer que la experiencia social revela una capacidad de percepción que se encuentra embotada por los estereotipos que se inmiscuyen por todas partes, al contrario de las experiencias estéticas del tipo que Valéry (citado por Benjamin) o Paul Klee (que Walter Benjamin conoce pero que no cita) pensaron. Este es el vínculo que va de Baudelaire a Merleau-Ponty, explicitado por Benjamin antes de que Merleau-Ponty escribiera sus textos sobre Cézanne que glorificaron el tacto y la mirada, y que retomara por su parte Derrida.

³² *Ibid.* p. 197

³³ *Ibid.* p. 198

FINAL DE PARTIDA

¿Cómo puede ser, se pensará, que Benjamin, siendo tan lúcido, no se haya protegido? En realidad, nosotros nos representamos mal, acompañados como estamos por una “comunicación” cambiante, cómo un intelectual que vivió a principios del siglo veinte reaccionaba ante la actualidad. Muchos de ellos subestimaron el peligro que les amenazaba, ¿no percibieron otros intelectuales su suerte como fatalidad? Elias Canetti nos recuerda que en septiembre de 1939 se decía que si él fuera un verdadero poeta ¡tendría el poder de parar la guerra! La impotencia golpea a los europeos que han caído en la trampa de los totalitarismos. Una vez que se frenó la revolución, los altos diplomáticos del período de entre guerras podían aparentar estabilidad: en sus grandes líneas el paisaje estaba fijado, cada cual sabía más o menos qué esperarse por parte de las “Potencias” rivales que debían tratar sus conflictos ante la SDN (Sociedad de Naciones). Pero la Unión Soviética y los Estados Unidos permanecían fuera de dichas instituciones. Y con respecto a las grandes firmas mundiales en auge las noticias se filtraban a cuentagotas: ¿cómo seguir los compromisos petroleros de Armaco, las inversiones de Standard Oil o de la Wells Fargo Crop? Aún más secretas eran las actuaciones de los *robber barons* cuyas reservas financieras podían hacer o deshacer una moneda. El símbolo de ello fue John Pierpont Morgan, desde antes de 1914 y de los esfuerzos europeos, criticados por Keynes, por establecer el patrón oro poco antes de la crisis de 1929 que se revelaron contraproducentes, que avalaría por adelantado la política alemana de grandes obras y de conquista de un *espacio vital*. Salvo aquellos que formaban parte de esta aristocracia del dinero, ¿cómo escapar a la condición obrera en esta época anterior al Estado-providencia? En el caso de Benjamin, su tesis sobre el barroco alemán, llena de intuiciones innovadoras, fue rechazada por la universidad antes de 1925: no formaba parte de una de las disciplinas consolidadas. En este mismo periodo los medios financieros de su padre son bastante reducidos y sus medios de existencia se vuelven precarios: en Berna, en 1920, vive de su actividad grafológica y de su amistad con Franz Hessel, lector para el editor Rowolt lo cual le ayudará a llegar a ser en 1926 uno de los traductores al alemán de Proust. Como escribió

“introducirse en Francia como traductor de Proust es todo un placer”³⁴, pero al mismo tiempo siente una especie de “envenenamiento interior” por confrontarse a un autor del que gran parte de puntos de vista son cercanos a los suyos³⁵.

Su exilio tras la toma de poder de Hitler le dejaba en la indigencia, vivió de artículos pagados a la línea para la revista del Instituto de Investigaciones Sociales que había abandonado Frankfurt para instalarse en New York. Benjamin estaba llamado a comprender la escritura de Baudelaire, de Kafka, la de Proust, a través de un conjunto de anotaciones que relacionaban sus orientaciones literarias con los elementos de su tiempo. Esta orientación materialista se encuentra al origen de trabajos que hacen de él aún en nuestros días una referencia para tratar las condiciones de emergencia de una obra capaz de sintetizar el espíritu de una época.

Desde 1917 su correspondencia muestra su alejamiento de Kant con respecto a la cuestión de la historia. Aunque conoce a Husserl, las publicaciones accesibles apenas tratan las cuestiones que le preocupan. En marzo de 1918, una carta a G. Scholem menciona la problemática que quiere explorar, aquella de la relación entre la queja del duelo y lo trágico en el teatro alemán que dará lugar a diez años de trabajo. Lee principalmente a Dilthey pero ya se encuentra fascinado por Gide y Baudelaire. Y lee con pasión Ernst Bloch (*El espíritu de la utopía*) a quien conocerá en Berna: atribuye al autor visiones más profundas que las que se llegan a constatar en su obra³⁶, y prepara un estudio crítico de ésta durante el invierno de 1919 a 1920³⁷. Esta misma carta (nº 82) a su amigo Schoen comporta una expresión característica a cerca de la correspondencia:

34 Carta 157, p. 393.

35 *Ibid.*

36 *Correspondencia I*, p. 202.

37 Pero este texto se perdió antes de aparecer.

“[las cartas] están muy subestimadas por estar relacionadas a la noción completamente falaz de la obra y de la paternidad literaria cuando aparecen en la esfera del “testimonio” donde la referencia a un sujeto no posee más importancia que la referencia a cualquier otro testimonio histórico (inscripción) de la persona de su autor. Los testimonios pertenecen a la historia de la supervivencia de un individuo, y es precisamente gracias a la correspondencia que puede estudiarse cómo esta supervivencia que sigue su propio curso accede a un sentido viviente. Para los sucesores el intercambio de cartas se condensa de una manera muy particular...”³⁸

Las formas acabadas son pues menos importantes para Benjamin que el movimiento del pensamiento, de donde se entiende el gusto de Benjamin por las colecciones y todo aquello capaz de representar una dimensión sugestiva.

La carta concerniente a Heidegger que hemos citado anuncia igualmente los dos temas de su Política: la supresión de la violencia y la “*teleología sin fin final*”³⁹ que darán lugar a un texto esencial. Aparecido en 1921, *Para una crítica de la violencia* se opone a cualquier visión hegemónica así como a cualquier relativismo, sin resignarse a la impotencia del idealismo kantiano. Benjamin conoce bien el pensamiento político y religioso de finales del medievo de donde Carl Schmitt extrajo su tesis sobre el estado de excepción: el derecho procesal se crea antes que la introducción de las normas legales. La cuestión es pues saber si es posible pensar una vuelta masiva de los poderes capaces de imponer sus normas sobre las ruinas de la democracia. Oponiéndose de antemano a la idea schmittchiana del estado de

38 203

39 *Ibid. Carta 92., p. 227*

excepción, Benjamin concibe, apoyándose en Sorel, que la violencia y la contra-violencia engendran ciclos que se autojustifican sin fin. Pero no se resigna a defender el primado estatal del monopolio de la violencia legítima, como Max Weber. Rechazando cualquier forma de paternalismo tanto como cualquier forma de idealismo, defiende el diálogo “*considerado como técnica de acuerdo civil*”⁴⁰. Ello requiere la desacralización de las formas jurídicas tradicionales que establecen “un derecho de castigar”, así como por añadidura la exclusión de la duplicidad estratégica y de formas políticas maquiavélicas. Éstas últimas elevan la astucia y el engaño al rango de artificios propicios para alcanzar los fines sin tener que recurrir a la guerra: ésta política se presenta como compatible con una reducción de la violencia en la búsqueda de sus propios intereses. No obstante, al aceptar la política maquiavélica se legitima también las represalias violentas por parte de aquellos que se consideren ultrajados: no es más que una cuestión de ocasión y de relaciones de fuerza, y no es por tanto el medio de poner fin a la violencia. Esta actitud es sin lugar a dudas premonitrice cuando el peligro de golpe de Estado parece todavía débil en Alemania.

Según Benjamin, conviene destacar la pluralidad de intereses aceptando que ningún punto de vista dominante pueda reconciliarlos. Conciliar posturas opuestas es el primer paso para la reducción de la violencia. Una forma de neutralidad axiológica llega a interponerse en las relaciones entre potencias (que pueden ser tanto de derecho interno – sindicatos... - como de derecho internacional). Que por lo menos cada una de las partes sitúe sus reivindicaciones en un plano de reconocimiento del resto de intereses presentes. Claro está es aquello que la práctica leninista parece prohibir, confiándose a las relaciones de fuerza y apostando por una mezcla de debilidad y de represalias limitadas por parte de las democracias para propagar la idea comunista. Pero diciendo esto, como Benjamin lo siente, se abre el camino tanto a las injusticias como a la demagogia. Diez años más tarde, ésta

40 Benjamin, Walter, *L'homme, le langage et la culture*, trad. Maurice de Gandillac, Denoël/Gonthier, 1971, p. 39

será la vía adoptada por Hitler que había llegado al poder a través de una mezcla de terror y de resignación de sus adversarios-socios de la derecha alemana. Benjamin sitúa el punto de entrada de sus posicionamientos políticos en el respeto de los puntos de vista contrarios como el principio de una pacificación política, al mismo tiempo que trabaja sobre la teatralidad trágica en la cultura alemana y el lugar que allí ocupa el mito de la redención, sobre el cual trabajará durante los años veinte. Pero pronto aparecerán los desmentidos: año tras año, desde 1923, con el asesinato de Rathenau y la inflación en Alemania, el debilitamiento de los apoyos de la democracia en la República de Weimar, la amenaza aumenta.

¿Cómo continuar siendo un intelectual independiente? Para muchos de ellos la respuesta llega por sí misma en 1933: abandonar el país. Benjamin vivió siete años que se hicieron cada vez difíciles en París. Al final de su exposición, sus *Tesis de la filosofía de la historia* redactadas apresuradamente en 1940, y del cual el manuscrito definitivo quizás no haya llegado a nosotros, continúan por esta vía no exentas de profundas modificaciones.

En la primera parte del texto, Benjamin ironiza a propósito de las pretensiones del materialismo histórico, sometiéndolo en su escrito a una pregunta: ¿cómo mostrarse a la altura de un acontecimiento vivido en la incomprensión general por aquellos que profesaron la movilización del pueblo? Él rechaza más que nunca cualquier prescripción del futuro. El determinismo mecanicista de un pretendido materialismo histórico es simplemente irrisorio (tesis 1). Conviene por tanto volver a las vivencias temporales, cuya interpretación central (referida a Lotze en la tesis 2) plantea que tan sólo pensamos de verdad nuestro futuro como una variable de nuestro presente. Según este punto de vista, nuestro futuro deseado toma la forma de nuestros recuerdos felices. ¡Ello dice bastante de nuestra capacidad general de anticipar! La amargura de Benjamin tiene lugar en esas etapas atravesadas por la impotencia de los actores “mundiales” que pretendiendo actuar en el presente terminan por ser víctimas, como cualquiera, de sus infundadas pretensiones.

Esta consideración tiene importantes consecuencias. Si toda pretensión se enfrenta a la petición de principio que consiste en querer obligar a lo “real” a verificar lo que de él decimos, debemos admitir, para ser exactos, que sólo los acontecimientos aún por venir nos permitirán conocer en qué pasados tienen que haberse convertido en posibles. Ciertamente es que puede imaginarse que al final de la historia podremos establecer una síntesis de las condiciones de posibilidad de los resultados constatados. Pero a la espera de ello, debemos contentarnos con aquello que a finales de los años 60 se llamará un *enfoque genealógico*, inspirándose de Nietzsche y de la crítica del historicismo (tesis 3). Constatamos (tesis 4) la contradicción de un materialismo histórico que pretende deducir todo de las formas productivas pero instruye a sus militantes para suscitar los deseos, las esperanzas y los sacrificios de los militantes. Aquí encontramos un momento crucial para Benjamin de esta contradicción epistemológica de envergadura. En efecto, si el futuro sólo es perceptible en el punto de encuentro de un conjunto de necesidades y de un ramo de esperanzas, es porque en el momento de pensar una posibilidad de actuar las significaciones históricas priman sobre cualquier determinismo. Ciertamente, nada resucitará el pasado, por muy idealizado que se encuentre en la memoria de los vivos (tesis 5 y 6). La esperanza presente nos remite a las frustraciones que habría que poder atenuar y a los conformismos que quedan por superar. Para ello, Benjamin propone una vía exploratoria: se trata de practicar una forma de neutralidad benevolente respecto a los rostros de una época. Su trabajo centrado en el París del segundo Imperio ha mostrado como las virtualidades de una época permiten tratar la complejidad no-reconciliada: hay que pensar Baudelaire con Haussmann, Marx con Bismarck... y Benjamin con Hitler. El historiador debe tanto restituir los posibles como constatar los hechos, lo que supone un cuidado particular:

“el verdadero rostro de la historia se aleja al galope. Sólo se retiene el pasado como una imagen que en el instante en el que se

deja reconocer emite un resplandor que jamás se volverá a ver”
(tesis 5)⁴¹.

El punto focal de la reflexión de Benjamin aparece así con la tesis 6: el historiador no puede fijarse el ideal de Ranke “*resucitar el pasado tal y como fue realmente*”, sino más bien

*“dominar un recuerdo tal y como brilla en el instante del peligro (...) la desaparición a todo amenaza, tanto a la existencia de la tradición como a aquellos que la reciben (...) el don de atizar con el pasado la llama de la esperanza sólo lo posee el historiógrafo completamente convencido de que delante del enemigo, si éste vence, ni siquiera los muertos estarán a salvo. Y este enemigo no ha dejado de vencer.”*⁴²

En otras palabras, el historiador sólo tiene la opción de luchar para hacer prevalecer una práctica de la sociedad humana o para inventariar las causas de su radical fracaso. Una época debe comprenderse a la luz de sus efectos ulteriores, y no en función de sus afirmaciones de autojustificación. Es por ello que Benjamin combate frontalmente todas las afirmaciones ideológicas de los regímenes victoriosos: en todos los casos, aquellas proclamaciones de esplendor “cultural” suponen la obliteración de sus condiciones de producción y de sus efectos futuros. Lo que llevará a los pensadores “materialistas” a despreciarlos ya que “*no hay ningún documento de cultura que no sea a la vez documento de barbarie*” (tesis 7)⁴³. Habría que percibir bajo los monumentos las opresiones que enmascaran. Frente a estas afirmaciones ideológicas (y mediáticas, añadiríamos hoy día)

41 *Ibid.*, p. 185

42 *Ibid.*, p. 186

43 *Ibid.*, p. 187

¿Se deberán guardar en el cajón del olvido todos los pensamientos y utopías contemporáneas, pero derrotadas? Esta pregunta sólo podrá tomarse en serio si nos enfrentáramos con la hidra que constituye el desafío de tener que comprender las victorias absolutas conseguidas por nuestros adversarios. Benjamin consagra su esbozo a ello, en frases que anticipan los textos escritos por Marc Bloch en la clandestinidad.

Benjamin reivindica firmemente la necesidad de comprender los acontecimientos en la realidad en la que tuvieron lugar, en su estado de excepción en el sentido de Schmitt. El esmero por comprender la victoria del fascismo europeo no es insistir en la regresión en qué ella consistiría: puesto que obligatoriamente hay que demostrar sus causas efectivas. No nos lamentemos por la aparente contradicción entre la victoria fascista y la Europa instruida, examinemos las causas internas que han permitido su victoria (tesis 8). Remitiéndose al cuadro *Angelus Novus* de Paul Klee, Benjamin plantea que el tiempo se lleva todo sin retorno posible. Es un conjunto integrado, global, que hace del “progreso” esa amenaza irreversible en la cual se ha convertido (tesis 9). El primer paso hacia el “afuera” consiste en mantener

“una visión de la historia que rechaza cualquier complicidad con aquella a la que se aferran todavía estos políticos” (tesis 10⁴⁴)

Que hacen como si la combinación de su creencia en el progreso, de su confianza en las masas y de su sumisión al aparato de los partidos no fueran las diversas caras de una radical inconsecuencia, agravada aún más en 1940 por la traición de las propias misiones que se atribuían. El juicio de Benjamin se dirige (tesis 11) a una crítica radical de las

⁴⁴ *Ibid*, p. 189.

consideraciones socialdemócratas sobre la redención social por el trabajo y los trabajadores, como si en el fondo no fuera la continuación de la ética protestante descrita por Weber y la promesa de una sumisión a las formas de explotación aceptadas finalmente en el nombre de un futuro mejor. En definitiva, el dominio de la naturaleza que se nos promete como destinado a una servitud humana generalizada. Aquí Benjamin se acerca a las tesis de Hannah Harent en sus estudios sobre los orígenes del totalitarismo. Con una ironía mordaz, opone la placidez de una clase obrera acunada por sus jefes en nombre de un futuro mejor a la rabia de los obreros convencidos de tener que romper sus propias cadenas (tesis 12).

El final del espíritu de revuelta y de sacrificio firman la derrota obrera en un mundo técnico donde las satisfacciones materiales prevalecieron sobre cualquier otro horizonte. Esta ficción ruinosa descansa sobre una idea lineal del progreso y de un tiempo vacío y homogéneo en el que se produciría. Una tal concepción del tiempo no sabría rendir justicia de nuevo ni comprender su irrupción (tesis 13). Benjamin evoca Robespierre en la tesis 14, para hacer ver que la utopía del presente se alimenta de la meditación del pasado, como la Roma soñada por la Convención – así como la moda es un perpetuo volver a empezar para vivir lo actual. El corazón de la historicidad es pues la capacidad y la consciencia de crear rupturas: la Revolución Francesa consiguió hacerlo, y podemos preguntarnos cómo el Nacional-socialismo pudo también transformar los marcos de aceptación del presente. La historia se dedica a hacer descarrilar al tiempo, lo queramos o no. La simbología de los nuevos calendarios políticos expresa bien el carácter radical de los momentos de ruptura histórica, algo que ningún “*progresismo*” iguala.

Vemos como este texto es un esfuerzo supremo de Benjamin por comprender el inadmisibile fracaso de todo el universo político construido en la posguerra de 1914. Su recurso, para abordar el cambio del presente, sería el de buscar los análogos que le hicieran susceptible de una salida. En la primavera de 1940, habría que hacer valer las situaciones muy lejanas

de la historia ordinaria, a tal punto que un recurso a las comparaciones bíblicas podría revelarse tan pertinente como las reflexiones contemporáneas:

“la Torá y el rezo se enseñan al contrario en la conmemoración. Para ellos la conmemoración desencantaba el advenir al cual han sucumbido aquellos que buscan instrucción en los adivinos. Pero sin embargo para los judíos, el futuro no se convierte en un tiempo homogéneo y vacío. Puesto que en él cada segundo era la puerta estrecha por la que podía pasar el Mesías.”

Son las últimas palabras de Benjamin en las que se ve como no renuncia, en la más profunda desesperanza, a permanecer ese historiógrafo decidido a aprovechar cualquier ocasión para rechazar al enemigo y condenarlo, tanto para protegerse él mismo como para mantener una tradición y un tiempo del cual depende un sentido para nuestras vidas.

Estas opiniones disidentes constituyen para nosotros el terreno mismo de la historia, aquel donde las posibilidades inacabadas se formularon en múltiples lugares, aquellos mismos que nos permiten restituir la complejidad real de una época a través de múltiples enfoques. Benjamin considera las expresiones culturales como capaces de designar los límites, los fracasos y los escollos conocidos por los actores de las distintas épocas que frecuenta la historia. Sin estas huellas, entonces sí, sólo podemos hacer la historia de los vencedores, anulando por segunda vez la palabra de los vencidos.